



Representaciones de lo abyecto en la narrativa de Claudia Hernández

MATÍAS PAREDES¹

Antes de analizar los cuentos “Fauna de alcantarilla” y “Trampa para cucarachas” (*De fronteras*, 2007) de Claudia Hernández, pasaré a describir algunos conceptos que resultan importantes: lo *abyecto* (Kristeva), *capitalismo gore* y *sujeto endriago* (Valencia).

A grandes rasgos, el concepto de lo abyecto se define como un estado de perturbación de la normalidad. Se entiende como el estado psíquico (de rechazo o de horror) en que se entra al momento de presenciar una experiencia de desagrado o repulsión que desencaja la normalidad del individuo que la experimenta. A su manera, la abyección desafía la concepción de lo habitual, manifestándose, por lo general, desde una materialidad repulsiva y tenebrosa: cuerpos, cadáveres, suciedad, desechos, etc. En palabras de Kristeva: “No es por tanto la ausencia de limpieza o de salud lo que se vuelve abyecto, sino aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden. Aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas, la complicidad, lo ambiguo y lo mixto” (11).

¹ Estudiante de la Licenciatura en Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado.

En cuanto al posicionamiento de lo abyecto, la autora lo define como ambiguo e indefinido, pues los elementos que lo provocan, del interior al exterior, atraviesan el umbral del cuerpo: orina, sangre, lágrimas: “Frontera sin duda, la abyección es ante todo ambigüedad, porque aun cuando se aleja, separa al sujeto de aquello que lo amenaza —al contrario, lo denuncia en continuo peligro—. Pero también porque la abyección misma es un mixto de juicio y afecto, de condena y de efusión, de signos y de pulsaciones” (18). Por consiguiente, la ambigüedad se comprende en la contradicción que suponen los efectos de lo abyecto: “Un goce en el que el sujeto se sumerge, pero donde el Otro, en cambio, le impide zozobrar haciéndolo repugnante” (18), pero también, desde la antítesis que revela su propio origen, es decir, la separación; su previa existencia y su posterior aparición: “Lo abyecto es aquel pseudo-objeto que se constituye antes, pero que recién aparece en las brechas de la represión secundaria” (21). Entendiéndose, por represión secundaria, la condición o mecanismo psicológico de autocuidado y distanciamiento que el individuo genera ante el elemento abyecto y, por ende, ante la desestabilización que este puede provocar.

Por otro lado, el concepto de capitalismo gore propuesto por Sayak Valencia apunta al lado oscuro de la globalización, del hiperconsumismo y del neoliberalismo, a una forma de capitalismo que establece la violencia como una herramienta mercantil en la que la integridad de los cuerpos, del tercer mundo, son vulneradas cruelmente por el primer mundo: “La vida ya no es importante en sí misma sino por su valor en el mercado como objeto de intercambio monetario” (21). Se enfatiza en el texto la supremacía del primer mundo y se destaca la precariedad y vulnerabilidad de los países tercermundistas, concebidos como secto-

res geográficos sin posibilidades de acción ni de empoderamiento, históricamente desplazados y silenciados. Valencia expresa: “¿Y qué es esa violencia desenfadada del capitalismo gore sino un silencio de referentes, un olvido?” (27).

En este sentido, la explotación, la laceración y el deterioro de los cuerpos, producto de la violencia enraizada a la perpetua desigualdad socioeconómica en la época contemporánea, es vista también desde el morbo y la insensibilidad. La supremacía del sistema económico dominante (y deshumanizado) busca la acumulación de capital a través del sufrimiento humano, y es esta estrategia comercial la que suele patentarse con mucha más fuerza en los sectores fronterizos y marginales:

Estamos frente a un capitalismo cuyos efectos son simultáneos en la destrucción de cuerpos y producción de capital, cuya producción se basa en la especulación de los cuerpos como mercancía [...]. Producir cuerpos muertos, mutilados o vejados como una forma de mercancía que abre, mantiene y se justifica en el proceso de la oferta y la demanda del capitalismo. El asesinato es ahora concebido como una transacción, la violencia extrema como herramienta de legitimidad, la tortura de los cuerpos como un ejercicio y un despliegue de poder ultra rentable. (85)

El otro concepto clave que contribuirá al análisis de los cuentos es el de sujeto endriago. Valencia, utilizando la figura del endriago, un monstruo mitológico de la literatura medieval y renacentista, con rasgos de humano y de dragón, retoma

la idea de Mary Louise Pratt al momento de decir que la época contemporánea está dominada por el retorno de los monstruos. En este sentido, Valencia establece que los sujetos endriagos nacen del capitalismo gore, es decir, son productos del hiperconsumo, la violencia, la precariedad material y laboral, etc. Engendrados, por tanto, en un escenario de hostilidad, ellos vendrían a ser lo Otro, los sujetos crueles y ultraviolentos:

Los sujetos endriagos hacen de la violencia extrema una forma de vida, de trabajo, de socialización y de cultura [...]. Un conjunto de individuos que circunscriben una subjetividad capitalista, pasada por el filtro de las condiciones económicas globalmente precarizadas, junto a un agenciamiento subjetivo desde prácticas ultraviolentas que incorporan de forma limítrofe y autorreferencial. (93)

En definitiva, sujetos monstruosos que nacen a propósito de todo lo que implica el capitalismo gore, y que llevan al extremo sus premisas, haciendo uso de la violencia como un método para sobrevivir y sustentarse en un entorno de violencias sistemáticas.

Luego de revisar el entramado teórico, pasaré a referirme al cuento “Fauna de alcantarilla”. La autora, en una breve extensión de dos páginas, narra las vivencias de un hombre escamado y de aspecto animal que vive en las alcantarillas y que, ante la necesidad de alimentar a su familia, emerge a las superficies de un sector residencial en busca de perros y gatos que sirvan de alimento. La desaparición de mascotas, en evidente ascenso, fue un problema que los vecinos, hastiados ya de la grotesca

existencia de aquella familia, solucionan llamando a la policía para que los capturen. En la persecución, el hombre animal logra escapar y vuelve a sus profundidades, pero los ciudadanos deciden sellar las vías que daban paso al exterior para asfixiar y acabar, de una vez por todas, con la molesta vida de esta fauna de alcantarilla. Según el relato, al cabo de una semana, la familia entera perdió la vida:

Después de una semana, los lamentos cesaron y se esparció por el barrio el olor de seres escamados sin vida. Entonces, para contrarrestar la fetidez, abrieron nuevamente las bocas de las calles y cubrieron con cal los cuerpos. Semanas después se les ocurrió pensar que habría sido más fácil convencerlos de regresar a su lugar de origen o atraparlos en una red y arrojarlos al pantano de donde probablemente habían llegado. Pero ya era tarde. (64)

Lo primero que salta a la vista en el cuento es la dimensión de lo abyecto. Primero, en torno al aspecto escamado y repugnante de la familia de las alcantarillas, y segundo, al lugar donde vivían: la profundidad de las cloacas y su suciedad. Por último, al mero hecho de sobrevivir, a la violencia que hay en salir en busca de alimento, agarrar al perro o al gato que se aparezca y comerlos vivos: “Tres veces al día se escuchaba el sonido de las cuatro mandíbulas triturando huesos de animales. Poco a poco, los perros iban desapareciendo de las casas y ya no se miraban gatos en los techos” (63).

El degradado lugar en que esta familia vivía es reflejo de una violenta marginación, y podríamos atribuirle, principalmente al padre que salía a buscar el

alimento a las calles, los rasgos del sujeto endriago. Esto, en función de la precariedad material que el sistema capitalista y el hiperconsumo generan en la sociedad, y en la explícita violencia impuesta a las subalternidades. De este modo, la construcción causa/efecto del comportamiento de los protagonistas del cuento convergen en la misma línea que el sujeto endriago: la pobreza y las necesidades de una familia abiertamente violentada y segregada por la sociedad, son suplidas por la adquisición de bienes (alimento, perros, gatos) a través de la violencia. En línea con esto, Gairaud Ruiz observa que:

La autora simboliza a los subalternos con otro tipo de animales igualmente abyectos pero con el fin de ‘cifrar, pensar y exorcizar el legado de violencia’ (Kristeva citada en Pérez: 2012: 51). El propósito es enfatizar la degradación que sufren en su condición de invisibilizados y dominados en dos sentidos: son reclusos y rebajados a vivir en condiciones típicas de los animales, permitiendo de esta manera la negación de su humanidad y la diferenciación marginante que los victimiza [...]. Personajes-animales como los descritos en el cuento “Fauna de alcantarilla” ilustran simbólicamente a los subalternos, principalmente por su condición de pobreza. (Gairaud 62)

Dicho lo anterior, es a través del concepto de lo abyecto y de las consecuencias del capitalismo gore que es posible comprender de mejor forma la propuesta del cuento. La abyección, con todo lo relacionado al aspecto físico de los protagonistas y su lugar de origen, y la violencia y la aparición del sujeto

endriago, con la precariedad y la condición monstruosa y ultraviolenta en que vive la familia (resultados de una violencia impuesta sistemáticamente), generan una situación de subalternidad. Asimismo, la segregación y la aparición de lo subalterno se manifiesta de forma simbólica a través de la pobreza y las alcantarillas, pues las condiciones infrahumanas y abyectas en que viven los miembros de la familia los reduce, como establece Gairaud Ruiz, a una posición más baja que la que supone un animal doméstico bien cuidado (62).

En “Trampa para cucarachas” encontramos a un narrador que relata la experiencia de vivir en un hotel pequeño y barato, en una ciudad nueva a la que acaba de llegar. Dentro del hotel, hay miles de cucarachas que, en una primera instancia, lo van a atormentar, y que luego, le harán compañía y le servirán de alimento. La falta de dinero y la inconformidad de vivir en un espacio reducido y mal cuidado se destaca en la primera parte del cuento: “Vivo acá porque es lo único que las promesas de dinero de un hombre sin trabajo que busca vida en una ciudad ajena puede pagar. No alcanza para más. Para más tendría que tener dinero. Y no lo tengo. Pero lo busco. Salgo a buscar un trabajo que no me dé satisfacciones, pero sí capital suficiente” (76).

Al igual que en “Fauna de alcantarilla”, lo primero que resalta en el cuento es la condición de lo abyecto. En su descripción, el narrador nos deja entrever la precaria situación (material y psicológica) en la que está viviendo. Lo abyecto se presenta, en una primera instancia, en un entorno que, además de reducido, está sucio y mal cuidado, derruido e infestado de una plaga de cucarachas. Luego, y acorde al desarrollo de personaje que adquiere el narrador en

el final del cuento, la abyección aparece de la mano de las cucarachas y su intento de captura, en la construcción de una imagen a todas luces grotesca y repugnante:

Yo, haciéndome pasar por muerto, era el mejor cebo. Dejaba de respirar y ellas me recorrían confiadas hasta entrar en mi boca abierta, con la que las atrapaba. Apresar un grupo diferente cada noche me daba felicidad y me procuraba alimento. Ya no necesitaba comer el resto del día ni andar mendigando un trozo de pan [...]. Andaba feliz el resto del día porque, aunque no consiguiera empleo, ya había vencido a la ciudad y a sus cucarachas noche tras noche (82).

La violencia, por su lado, aparece en un sentido de normalización. Nuevamente, y como es recurrente en otros cuentos de Claudia Hernández, la presencia del neoliberalismo (y su capitalismo gore) impone una violencia sistemática en sujetos subalternos. En el caso particular del cuento, el protagonista y narrador se halla en una situación de cesantía, reiterando en más de una ocasión la necesidad de un empleo para subsistir y vencer, al menos de una manera convencional, a la sociedad. Como sabemos, no consigue empleo ni dinero, pero en palabras suyas, logra vencer a la ciudad y sus cucarachas. Comprendemos que, en una línea similar a “Fauna de alcantarilla”, el desempleo y la violencia (en términos de precariedad material), fundamentan la conversión del protagonista en alguien que ha aceptado la hostilidad y, de manera violenta (y abyecta), captura y se come a las cucarachas que ahora son su alimento y motivación para vivir.

Conviene resaltar que, la violencia ejercida por el protagonista (salvo el masticar insectos) no es precisamente una que contenga actos violentos o que perturbe la normalidad, más bien, las acciones del protagonista corresponden a una reacción ante las formas de violencia que promueve el capitalismo gore. Así lo confirma la lectura que hace Rincón del mismo cuento: “No hay armas, hay pocos hechos de agresividad físicas, no hay sorpresa por parte de los personajes o narradores por las cosas que suceden a su alrededor. Encontramos más bien el producto de esa violencia como si fueran productos del mercado; cadáveres descuartizados que llegan a domicilio o cuerpos mutilados fácilmente reemplazables por otros cuerpos” (5).

Para concluir, tal y como se ha tratado de demostrar, lo abyecto, en función de la violencia a la que, de una u otra manera están sujetos los personajes de cada cuento, se representa de manera literal y simbólica en la narrativa de Claudia Hernández. Los niveles de violencia sistemática que el capitalismo impone sobre las subalternidades y los seres marginales (hombre/animal, hombre desempleado), traen como consecuencia comportamientos abyectos (como comer perros o cucarachas) y más violencia, como la que ejercen los residentes del condominio al envenenar a la familia que habita en el subsuelo. Asimismo, este constante estado de hostilidad pareciera imbuir en los personajes de los cuentos cierta apatía o normalización de lo grotesco, como única respuesta al estado de precariedad que padecen. Por último, conviene resaltar que la exclusión a la que están sujetos los protagonistas de ambos cuentos bien podría comprenderse desde la posición de migrantes enfrentados a entornos xenófobos.

Referencias

Hernández, Claudia. *De fronteras*. Piedra Santa Editorial, 2007.

Kristeva, Julia. *Los poderes de la perversión*. Siglo Veintiuno Editores, 1988.

Rincón, María: “De violencia, de normalización y De fronteras”. *Catedral Tomada: Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 1, no. 1, 2013, pp. 1-17.

Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Melusina, 2010.

Gairaud Ruiz, Hilda. “El bestiario en la literatura de Claudia Hernández: una representación de subjetividades en la literatura de posguerra”. *Káñina*, vol. 40, no. 2, 2016, pp. 55-71.

Imagen de este archivo: Crímenes del futuro, de David Cronenberg.